



ETAPA PRIMERA: MISIÓN COMPARTIDA (Contenido)

Desde el Vaticano II, nos hemos hecho conscientes del papel fundamental e imprescindible que el laico juega en la vida de la Iglesia. Durante este período de tiempo, los laicos se han ido incorporando a la misión que hasta ahora desempeñaban los religiosos. En un primer momento, como meros colaboradores de la misión de estos, pero en las últimas fechas, la experiencia de la "misión compartida" se ha ido extendiendo a muchos institutos y familias carismáticas.

Lo que quizás surgió como una necesidad debida a la reducción del número de religiosos, se ha convertido en un verdadero soplo del Espíritu que ha generado una nueva realidad en la que ambos compartimos una única misión, que en última instancia no es nuestra, ni siquiera sólo de la Iglesia, sino de Cristo.

La misión compartida "nace del don gratuito de una vocación"¹, de la experiencia que cada uno ha tenido de sentirse amado por Dios. Respondemos a la invitación que nos hace el Padre, que constituye la razón de ser de la Iglesia. "No es un proceso de simple "sustitución" de religiosos por laicos en las instituciones apostólicas, ni siquiera la de una mera "colaboración", ayuda o cooperación; se trata de toda una vida cristiana que se compromete en un proyecto nacido de una experiencia carismática, como son las congregaciones religiosas"².

Al ser una vocación, la misión compartida es más que una mera colaboración o un trabajo compartido, sea por amistad o por simpatía. Tampoco es la simple realización de unas tareas por muy importantes que éstas sean. La vida en el Espíritu transforma nuestra actividad en un seguimiento de Cristo que anuncia su Buena Noticia al mundo: "la misión compartida habla de una vida cristiana que se encarna y compromete en y con el proyecto nacido de la experiencia carismática de aquellos que recibieron los carismas"³.

Los religiosos y los laicos que comparten un mismo carisma y que de una manera u otra tienen una espiritualidad con sensibilidades parecidas, interpretan conjuntos de hechos culturales, sociales y eclesiales que les interpelan y les llevan a repensar su vida como cristianos y como misioneros.

Los laicos responden a esa llamada y a ese envío desde la fuerza de su consagración bautismal y del compromiso que el bautismo entraña para todo cristiano. La viven en las tareas profesionales de las instituciones educativas, sociales, sanitarias, en los ámbitos culturales, de la marginación social, etc. Muchos de ellos viven su misión también desde la dimensión vocacional del matrimonio, signo del amor para siempre y por entero de Dios por su pueblo. Comparten la misión en y con las diversas familias religiosas y alimentan su fe en su espiritualidad y carisma. Su numerosa presencia, su formación y la variedad de ámbitos en los que los laicos evangelizan enriquece la misión de la Iglesia y la hacen irrenunciable.

Los religiosos, por su parte, viven la misión desde su vocación de especial consagración carismática, llamados a ser un signo para la Iglesia de su vocación última. Su entrega al advenimiento del Reino, que

¹ Royón, E; "“Juntos somos más”. Presentación de los Encuentros de Misión compartida”, en “*Juntos somos más*”. *La misión compartida*. Revista de Vida Religiosa Confer, Volumen 55, nº 211, Julio-Septiembre 2016, p. 337.

² *Ibid.*, p. 335.

³ Molina, D; “Qué laicado para qué misión compartida”, en “*Juntos somos más*”. *La misión compartida*. Revista de Vida Religiosa Confer, Volumen 55, nº 211, Julio-Septiembre 2016, p. 350.

explicitan por medio de los votos, se convierte en anuncio de un amor abierto a todos y en un recuerdo permanente de las características más comprometidas de la misión: la preferencia por los pobres, la tensión hacia los objetivos más extremos de la evangelización y la referencia y atención al verdadero protagonista de la evangelización, que es el Espíritu Santo.

En la misión convergen la especificidad de la participación del laicado y la especificidad correspondiente a la vida religiosa. Por tanto, la misión compartida es espacio de diversidad y complementariedad apostólica. Ambos participan de la vocación de la Iglesia que "existe para la misión, para anunciar a todos la salvación realizada plenamente por Dios en Jesús de Nazaret"⁴. Por tanto, ya no se trata de que los laicos ayuden a los religiosos en las tareas propias de la misión, "normalmente en las seculares que los religiosos no podían atender adecuadamente, sino que ahora se trata de que religiosos y laicos compartan la misión, algo esencial a su ser cristiano"⁵. "Las tareas, las diversas actividades apostólicas son una manera concreta en la que la misión del Instituto se actúa, pero no agotan la misión"⁶. Compartir la misión es "compartir una herencia espiritual que Dios regaló a la Iglesia a través de un carisma dado a una persona concreta; compartir la misión es compartir vida y ser"⁷.

La misión compartida es inseparable de una espiritualidad que se fundamenta en la comunión, reciprocidad, comunicación y confianza, al estilo de la comunidad de Jesús con sus discípulos. Con la imagen de Pueblo de Dios al servicio del Reino, se ensancha el alcance de la misión compartida; por ello diversos ámbitos son los que este modo de vida y misión se pueden llevar a cabo hoy, desde lo intraeclesial y congregacional hasta lo que tenga que ver con la defensa de la vida en el ámbito global, ecuménico e interreligioso. (Cf. Observatorio de la Misión Compartida. cmf. Enero 2012).

En este contexto se pueden enmarcar los 'proyectos' o las tareas que surgen en torno a la misión, pero que serán consecuencia de la misión compartida que es previa y que nace desde el deseo de responder a la llamada del Padre, a la construcción del Reino de un modo determinado que se ilumina desde el carisma de cada familia. Sentir la llamada a dar parte de tu vida o tu vida entera a unos destinatarios concretos o a una labor concreta, y hacerlo de forma compartida con otros religiosos y laicos es el principio del compartir la Misión.

Algunos de los retos de la misión compartida son:

- propiciar que tanto religiosos como laicos sientan una espiritualidad y carisma cercano, vivan y alimenten su fe para poder desempeñar la Misión a la que el Padre les llama.
- fomentar que tanto unos como otros vivan su fe en sus propias comunidades donde compartan su experiencia de fe y de Misión en diferentes ámbitos.
- fomentar que todos se formen para el desempeño de la Misión y también para la profundización de los pilares de su fe y de la Iglesia.

Compartir misión conlleva compartir responsabilidades. Pero desde la misión compartida estas responsabilidades no pueden convertir a los laicos en simples gestores de las obras de los religiosos, pues están dotadas de una significación apostólica que las convierten en misión en el más estricto sentido de la palabra. Ni tampoco se puede permitir la disolución de la vida religiosa, que debe mantener su especificidad que constituye una riqueza irrenunciable de la Iglesia.

Laicos y religiosos deberán compartir los procesos de discernimiento que afectan a los objetivos y al desarrollo de la misión concreta, aportando cada uno desde su perspectiva una genuina riqueza que enriquecerá la reflexión común.

⁴ *Ibíd.*, p. 351.

⁵ *Ibíd.*, p. 352.

⁶ *Ídem.*

⁷ *Ídem.*

Compartir la misión también abarca la dimensión humana, creando un "entretendido de afectos" que favorece la mutua confianza y la amistad. La misión compartida más allá del trabajo es relación personal, pero también silencio y oración; es decir, acción y contemplación.

Es una gracia del Espíritu a su Iglesia que pone de manifiesto la riqueza de carismas con que el Señor la embellece y fortalece. Una de la mayores riquezas que aporta es la "comunidad", no sólo de laicos y religiosos, sino en un ámbito eclesial, una comunidad de la intercongregacionalidad que se convierte en una llamada a la comunidad eclesial.

Laicos y misión compartida:

No debemos olvidar que "los laicos son cristianos de pleno derecho; configurados con Cristo por el bautismo y la confirmación, participan "a su manera" de su triple ministerio" (sacerdotes, reyes y profetas). "Están llamados a vivir su cristianismo fundamentalmente a través de su vida concreta"⁸, viven el sacerdocio común o realizan su culto diario a través de su entrega total en medio del mundo, en medio del ritmo diario de la vida, tanto en su vida matrimonial como en sus profesiones.

Vida laical según un carisma concreto:

Los carismas son "ciertas gracias especiales", dones del Espíritu Santo, que preparan y disponen a realizar tareas o ministerios que renuevan y construyen más la misión de la Iglesia. Normalmente este carisma es un don que recibe un fundador de un determinado instituto religioso, pero que podía ser transmitido al grupo fundacional, generando así el "**carisma originario**". Posteriormente este carisma se ha institucionalizado enriqueciéndose con la aportación de los religiosos que se han ido incorporando al instituto. La novedad que estamos viviendo en estos últimos tiempos radica en que hemos descubierto que "su carisma puede ser compartido con los laicos", (*Vita consecrata*, 54). Es decir, "el Espíritu está dando el don del carisma también a aquellos que no son llamados a vivirlo como religiosos; que también los laicos pueden recibir el carisma, que ha sido custodiado a lo largo de los tiempos por tal o cual Instituto religioso"⁹.

Características del laico en misión compartida:

El P. Diego Molina sj destaca cinco características fundamentales que ha de poseer el laico que vive la misión compartida con el religioso:

1. Al igual que el religioso, el laico en la misión compartida debe "ser alguien que haya sentido la llamada a vivir según un carisma determinado. Ha de ser alguien vocacionado"¹⁰. Se trata de una experiencia de fe que consiste en una llamada a la vida plena.

Esta llamada de Dios consiste en una invitación a participar "activamente en el plan de salvación que Él tiene para todos los hombres"¹¹. La vocación divina no se reduce a la autorrealización propia, sino que tiene como horizonte la salvación de todos.

2. No es una llamada meramente individual sino que nos suma a la misión de la Iglesia y lo hace dentro de **un grupo carismático determinado**, y no solo a nivel local y sincrónico, "sino que ha de apuntar a lo universal y a lo diacrónico"¹².

Por lo tanto, los laicos no sólo han de vivir los carismas que hasta ahora exclusivamente vivían los religiosos, sino que dando un paso más allá, han de conocerlos profundamente y ser capaces de reflexionar sobre ellos.

3. Esta vocación es una invitación a "vivir su vida como servidor de la misión de Cristo en la manera concreta de su carisma"¹³. Es decir, se trata de vivir descentradamente un servicio con un marcado estilo carismático que enriquece la vida de la Iglesia.

⁸ *Ibíd.*, p. 353.

⁹ *Ibíd.*, p.357.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 358.

¹¹ *Ibíd.*, p.359.

¹² *Ibíd.*, p. 360.

4. Al compartir la vocación somos también invitados a compartir la vida, por tanto, nos constituimos en una comunidad para la misión, formamos parte de un cuerpo para la misión. Esta comunidad tiene su base y origen en el compartir el carisma y exige concreciones reales: espacios donde compartir la vida de fe, "donde nos dejemos enriquecer y objetivar, donde el carisma se siga enriqueciendo en la medida en que se vaya actualizando"¹⁴.
5. Compartir la misión implica finalmente un compromiso que nos aleja de los individualismos y nos hace funcionar como un cuerpo para la misión desde un determinado carisma y en el estado de vida al que Dios nos llamó.

Retos de la misión compartida:

a) Cultura de la vocación:

Uno de los retos de la misión compartida es hacernos conscientes de que toda "vida es vocación, vocación de un Dios que nos llamó a la existencia para hacernos partícipes de su vida divina"¹⁵. Por tanto, "necesitamos desarrollar una pastoral de vocación", una cultura de la vocación, donde todos, tanto laicos como religiosos nos vivamos como llamados por Dios a la misión de Cristo. Es decir, vivamos en una atmósfera donde se respire la idea de que toda vida es respuesta a la llamada de Dios a vivir en plenitud.

b) Lectura laical de los carismas:

Para que los laicos puedan compartir el carisma, se vuelve necesaria la realización de una lectura laical de los mismos. Para ello hay que comenzar por determinar cuál es el **núcleo fundamental carismático**, más allá de sus ropajes históricos. Desde ahí habrá que hacer nuevas lecturas de este núcleo ampliándolo a dos ámbitos que son fundamentales en la vida laical: la profesión y el matrimonio.

La profesión no puede ser entendida desconectada de la vocación. Es mucho más que una simple carrera profesional. Por su parte, el matrimonio es, obviamente, camino fundamental para el desarrollo pleno de la vida cristiana de los esposos, es signo del amor pleno y eterno de Dios.

Estas lecturas del carisma han de ser realizadas por los propios laicos, ellos han de ser los protagonistas de esta reflexión, aunque, por supuesto, dentro de la misión compartida, no se puede realizar sin diálogo con los propios religiosos.

c) Transmisión del carisma:

El carisma ha de ser transmitido, por ello se vuelve fundamental el proceso de formación. Dicho proceso está bien establecido en el ámbito de los religiosos, aunque necesita incorporar los elementos propios de este nuevo horizonte de la misión compartida. Pero, es imprescindible pensar cómo transmitir el carisma a los laicos. Dicho proceso debe incluir inexorablemente algunos elementos, sin afán de ser exhaustivos:

1. Tiempo: el necesario para "asimilar vivencialmente la manera carismática de leer y acercarse al evangelio"¹⁶.
2. Comunidad: el grupo que vive el carisma en el cual se realice la transmisión y al cual hay que incorporarse.
3. Contenidos: comenzando por el modo espiritual de presentar a Jesús según el carisma propio.
4. Fundador/es: conocimiento de aquellos que nos han precedido, destacando especialmente los momentos en los que el carisma se ha enriquecido.
5. Momentos especiales: aquellos en los que "se pone en juego el carisma a la hora de tomar decisiones importantes, análisis de la realidad externa e interna del grupo...

Conclusión:

¹³ *Ídem.*

¹⁴ *Ibid.*, p. 362.

¹⁵ *Ibid.*, p.363.

¹⁶ *Ibid.*, p. 366.

En los últimos cincuenta años, la misión compartida entre laicos y religiosos ha “ido ganando terreno de forma progresiva..., es un signo de la creatividad del Espíritu en lo referente a los carismas y a la actualización de los mismos”. Esta nueva situación demanda “un laicado que vive su ser cristiano como respuesta a una llamada divina a compartir un carisma determinado; de un laicado capaz de hacer una lectura laical de los carismas de los Institutos religiosos para desde ahí convertirse también en transmisores del carisma que viven”¹⁷.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 367.